

## CAPITULO CCXV.

Prosigue la guerra en Cataluña. — Sale el ejército castellano de Tarragona. — Derrota de los catalanes en Martorell. — Llega el marqués de los Velez á dar vista á Barcelona.

OLIVARES comprendió que su privanza estaba en peligro desde entónces, porque el pueblo por todos los medios posibles procuraba llamar la atención del Rey, y porque en palacio mismo tenía enemigos muy poderosos, y para evitar su caída, puso al lado de la Reina á su esposa, á fin de que no pudiese hablar con el Rey, rodeando á éste de tal modo con sus hechuras y parciales, que no era posible pudiese hablarle nadie que á él no le conviniera.

Veamos entre tanto cómo iban los asuntos de Cataluña, á los cuales hemos abierto un paréntesis para ocuparnos de Portugal.

La toma de Tarragona por las tropas castellanas pudiera haber sido un acontecimiento decisivo con otra clase de rebeldes que no fuesen los catalanes.

La privación del ejército francés, es decir, el quedar abandonados á sus propias fuerzas frente á un enemigo poderoso de por sí, y mucho más por la victoria que acababa de conseguir, era suficiente causa para desanimar á otros que no fueran los naturales del Principado.

Pero éstos, más resueltos cuanto mayor era el peligro, viendo que no podían conseguir que se quedasen los que por efecto de lo estipulado en Tarragona tenían que volver á Francia, en vez de abatirse alzaronse con nuevos bríos, y las levadas prosiguieron con mayor entusiasmo, y todo el mundo sin distinción de clases ni condiciones aprestóse para la defensa de Martorell, punto por el cual habían de pasar forzosamente los castellanos, y de lo cual, aun cuando ligeramente, hablamos en uno de nuestros capítulos anteriores.

A pesar de que se notaban en aquellas fortificaciones la falta de una dirección facultativa, de un plan detenido y general, hacíanse trabajos, que se habían de deshacer al día siguiente, es verdad, pero que entre tanto demostraban lá enérgica tenacidad de que se hallaban poseídos aquellos naturales.

Los franceses salieron de Cataluña, causando no poco sentimiento á los catalanes, que habían creído poder contar con ellos, siendo bastante criticada la conducta de su general, no faltando quien supusiera que no era sólo el cumplimiento de su palabra lo que le había obligado á ello, sino otras razones quizás más fuertes, aun cuando menos decorosas.

Pero los catalanes, como ya hemos dicho, sin abatirse ni ceder, aprestáronse con mayores bríos á la defensa, mientras que las tropas del marqués de los Velez, poniéndose en marcha desde Tarragona, se posesionaban de Vilafranca del Panades, amenazando ya más directamente á la capital del Principado.

En cambio en San Saturnino de Noya fué más viva la resistencia que opusieron los catalanes; mas á pesar de ella los castellanos, atacando con ímpetu, consiguieron desalojar del pueblo á sus contrarios, que entónces se retiraron á Martorell, donde habían acumulado grandes defensas.

Con objeto de molestar al de los Velez por la espalda, dióse orden por la Diputación para que D. José Margarit, que se hallaba con su gente en las sierras de Montserrat, descendiese al campo de Tarragona. Verificólo así el valiente patricio, y cayendo de improviso y á favor de la noche sobre el castillo de Constantí se apoderó de él.

¡Lástima grande que tan valiente hecho de armas lo empañase con la muerte de cuatrocientos soldados castellanos que se hallaban enfermos ó heridos en aquel hospital, en venganza de las ejecuciones ordenadas por el de los Velez en Cambrils!

Más tarde el capitán Cabañas consiguió arrojar á la gente de Margarit de aquella posición, á pesar de la resistencia desesperada que opuso.

Una vez frente á Martorell el general castellano, ántes que resolver de plano lo que haría, llamó á consejo á sus capitanes, á fin de que diesen su parecer respecto á la manera cómo había de darse el ataque.

Después de haberse discutido un buen espacio, quedó decidido que el ataque tuviera lugar por donde mejor pudiese ser, dadas las condiciones de la plaza, pero siempre contando con que una división había de subir por la montaña de la izquierda, á fin de coger al enemigo por la espalda.

Ocupado hasta entónces en el Ampurdán el diputado D. Francisco Tamarit, una vez terminada su misión, encoméndole la defensa de Martorell, y una vez que hubo reconocido su ejército, compuesto de gente allegadiza y bisona, pero en la cual lo que faltaba de pericia y conocimientos militares suplía el patriotismo y el entusiasmo, comprendiendo que aquel punto era la puerta para llegar á Barcelona y que era preciso luchar y defenderla tenazmente, pidió nuevos refuerzos, lo cual no dejó de considerarse como un síntoma de cobardía; mas á pesar de esto se le enviaron, porque todo el mundo ardía en deseos de medir sus fuerzas con los castellanos.

Más de tres mil hombres, pertenecientes á todas las cofradías y á todas las clases marcharon á combatir al enemigo, que, consecuente con el plan acordado en el consejo, comenzó atacando impetuosamente las trincheras, mientras que Torrecusa, al frente de la vanguardia, trepaba por una aspereza que los catalanes des-cuidaron guarnecer creyéndola inaccesible.

Si fué impetuoso el ataque de los castellanos, no fué menos vi-

gorosa la resistencia de los catalanes, resistencia que se prolongó durante todo aquel día, á pesar de los esfuerzos hechos por el de los Velez.

Más al inmediato, Torrecusa, que había conseguido su objeto, atacó por la espalda á los defensores de Martorell, y éstos, juzgándose perdidos, emprendieron la retirada en el mejor orden posible.

El marqués de los Velez y Torrecusa creyeron que con aquella batalla terminarían la campaña, y para ello hicieron todos los esfuerzos posibles, pero sus adversarios, conocedores del terreno, se les fueron, como vulgarmente se dice, de entre las manos, y pasaron el Llobregat por distintos puntos, dejando burladas las esperanzas de los castellanos.

Muchas y muy sensibles fueron las pérdidas que tuvieron éstos en la toma de Martorell, pero harto las vengó Torrecusa, que pasó á cuchillo, sin perdonar sexo ni edad, cuanta gente encontró en la población, barbarie que no basta á justificar ni el dolor que experimentara por la muerte de oficiales tan entendidos como el maestro de campo D. José de Saravia, ni la matanza hecha en los soldados enfermos y heridos de Constantí.

Sobre dos mil hombres perdieron los catalanes en esta refriega, pero no se abatieron por su desastre, en términos que, habiendo llegado la caballería de Torrecusa hasta San Feliu en ocasión que acababan de entrar los clérigos, estudiantes y demas gente que componían la división enviada en socorro de los de Martorell, en vez de desanimarse por el contratiempo que acababan de experimentar, aprestáronse á la defensa, y con el abrigo de alguna infantería francesa que estaba allí, y protegidos por el valiente capitán de caballos, Borrell, pudieron conseguir retirarse á las montañas sin ser acuchillados por los contrarios.

Franco quedaba ya el camino de Barcelona, y el ejército castellano pudo adelantarse hasta las cercanías de la ciudad, que el conde-duque de Olivares encargaba que se tomase inmediatamente.

Pero el de los Velez, que comprendía la gravedad de la situación, que sabía el compromiso que estaba arrojando, que todas las miradas se hallaban fijadas en él y que no tenía elementos suficientes, máxime en un país alzado en masa, ántes que afrontar por sí solo toda la responsabilidad, y no queriendo por otra parte desobedecer á la corte, que á cada momento le estaba apremiando, llamó á todos los oficiales á consejo para escuchar su opinión y obrar con arreglo á ella.

Expúsoles desde luego las dificultades que en su opinión había para proceder inmediatamente al ataque de una población bien guarnecida, murada y perfectamente artillada, y las ventajas que podría tener para el éxito de la campaña el apoderarse de ella; al mismo tiempo puso de manifiesto la situación del ejército, que se hallaba falto de víveres y muy debilitado, tanto por los combates que había sostenido, cuanto por las guarniciones que había tenido que ir dejando en los puntos por donde había pasado, razones todas que debían tomarse en consideración.

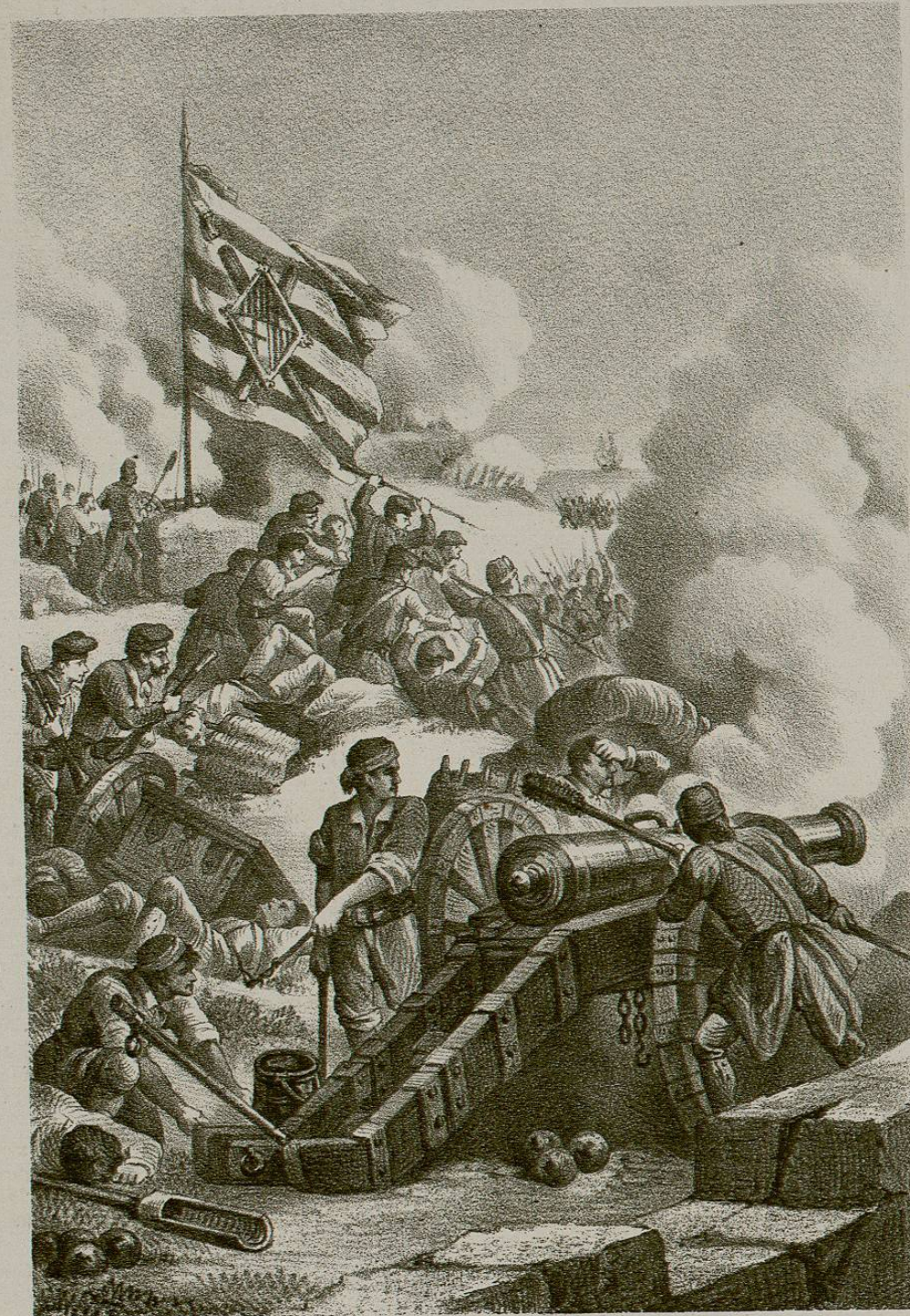
Distintos fueron los pareceres, aun cuando todos estaban conformes en reconocer como inconveniente la resolución de la corte, pero mientras unos optaban por el establecimiento del sitio, otros por talar y saquear los pueblos inmediatos, habíalos también que opinaban por abandonar la ciudad y llevar la guerra al Rosellon, ántes que exponerse á una catástrofe.

Después de mucho discutir, decidióse por fin aproximarse á la ciudad, reconocer su estado y ver si por medio de un golpe de mano se podía tomar la fortaleza de Monjuich, previa una nueva invitación á los catalanes para que se rindiesen.

Por aquí dió comienzo el de los Velez, mas los catalanes rechazaron con altanería sus exhortaciones, imponiendo como condicion que se retirasen las tropas castellanas del Principado, con lo cual irritaron doblemente al general y demas jefes, dándose inmediatamente las órdenes para que dos divisiones de tropas escogidas, mandada la una por D. Fernando de Rivera, y por el conde de Tyron la otra, subieran por los dos costados la montaña de Monjuich, que el duque de San Jorge se estableciera en los molinos con diez y ocho escuadrones de caballería, que las baterías disparasen incesantemente sobre la fortaleza, mientras que Torrecusa y Garay, con algunas fuerzas puestas á sus órdenes, estuviesen dispuestos para acudir donde lá necesidad exigiera.

Acordado ya por los catalanes el cambio de señor, de que en otro lugar nos hemos hecho cargo, y siendo el rey de Francia Luis XIII el elegido, proclamándosele conde de Barcelona, que, como sabemos, era el título de los soberanos catalanes, después que el día 23 de enero de 1641 se levantó el acta de este acuerdo, inmediatamente le fué comunicada al pueblo, que la recibió con extraordinaria alegría.

Al partir de este momento ya se les dió á los franceses que había en la ciudad una participación directa en la dirección de los negocios, y Mr. D'Aubigny obtuvo el mando del castillo ó fortaleza de Monjuich, que no era lo que en la actualidad, y los demas oficiales franceses obtuvieron también distintos mandos, demostrándoles con esto la gran confianza que en ellos habían depositado, y á la cual más tarde habían de corresponder tan mal.



DEFENSA DEL CASTILLO DE MONJUICH.



## CAPITULO CCXVI.

Ataque de Barcelona por el marques de los Velez. — Derrota sufrida ante sus muros.

Segun hemos dicho ya, los catalanes habian dado parte en el gobierno, así político como militar, á los franceses, en virtud de la concesion de que en otro lugar hemos hablado, y en su consecuencia, para el mando de las armas quedaron elegidos D. Francisco de Tamarit, D. Juan Pedro Fontanella, conceller *en cap*, y Mr. de Plessis.

El consejo de guerra, que quedó instalado, le componian Mr. de Lesignan, Fr. D. Miguel de Torrellas, Francisco Juan de Vergós y Jaime Damiá, y siguiendo este mismo sistema, en las fortificaciones y baluartes habia igualmente jefes, tanto catalanes, como franceses.

Mr. de Aubigny tenia el mando de la fortaleza de Monjuich con nueve compañías de gente de la ciudad, sacadas de los gremios de mercaderes de lienzos, zapateros, sastres, cordoneros, freneros, toqueros, taberneros, tejedores de lino y pellejeros, ademas de varias compañías del tercio de Santa Eulalia, que ya eran soldados aguerridos los que la componian, trescientos soldados veteranos franceses y doscientos miqueletes al mando del bravo capitán Cabanyas.

Para atender al mejor servicio de la fortificacion y su defensa, destinaron á ella los capitanes D. Ambrosio Gallart, D. Jorge y D. Antonio Peguera, D. Rafael Casamitjana, D. Luis Valencia, Vives, Martorell y Madolell, ademas de los sargentos Francisco Ferrer, Mates, Plano y otros.

El conceller tercero, Pedro Juan Rosell, que se encontraba en Tarrasa con sus tercios de infanteria, recibió orden para que reuniese cuanta gente le fuera posible, y con ella se viniese hacia Barcelona inmediatamente que á su noticia llegase que los castellanos habianse establecido ante sus muros, y del mismo modo se ordenó á Biure y Margarit que se posesionase de los pasos de Montserrat, á fin de interceptar las comunicaciones del ejército enemigo, y aun para estorbar su retirada si á ello consiguieran obligarle.

Con estas disposiciones demostraban los catalanes que, si la acometida iba á ser furiosa y premeditada, la defensa habia procurado tambien por todos los medios posibles.

Amaneció por fin el sábado 26 de enero de 1641, y los toques de clarín del ejército castellano demostraron que el momento supremo habia llegado, mientras que el movimiento de las tropas y las voces de los capitanes indicaban que la hora del ataque estaba próxima.

El marques de los Velez dirigió la palabra á sus soldados, procurando infundirles mayor aliento, é inmediatamente las columnas de ataque se pusieron en marcha para los lugares dispuestos de antemano.

La ciudad estaba ya muy alerta. Todos los soldados se hallaban en sus puestos, y todos ansiaban que llegara el momento de medir sus armas con las del enemigo.

El diputado Tamarit iba recorriendo todos los puestos acompañado de los mariscales Plessis y Lesignan, y con objeto de excitar doblemente el entusiasmo de los que le seguían y de los mismos soldados, dirigióse á todos ellos diciéndoles:

«Si dudáis, valerosos catalanes, por la condicion de la fortuna, yo creo tenéis razon, pero si mostráis temer las fuerzas que os amenazan, vano y ocioso es vuestro recelo.

«Vecino está vuestro enemigo; ¿véislo allí? detras de aquella montaña se esconde la ruina de vuestra patria: ¿véis? allí está el gran vaso de veneno que presto se pondrá en vuestras manos; escoged, señores, si lo queréis beber para morir infamemente, ó si arrojarle haciéndole pedazos, en que consiste vuestra vida. Todo se verá presto en vuestra eleccion, y de lo que estuviere por cuenta de Dios, bien podemos contaros por seguros que no correrá peligro.

«Volved sobre vosotros, que este gigante es hueco (ó á lo ménos estatua de balago); muchas de sus tropas bisonas, algunas desarmadas y otras oprimidas; ninguna pelea por amor; el que más hace viene, el que más desea se vuelve hallando por donde, el que más sabe no es obedecido; su rey ausente, su general con pocas experiencias, sus cabos enemigos, hambriento todo el campo, manchado de pecados, y sus espíritus llenos de propósitos torpes, su justicia ninguna, y lo que es más, la suerte de aquel rey cansada de favorecerle.

«¿Qué es lo que teméis, sino que no lleguen presto, y que se os escape de las manos ese triunfo?

«Por vosotros está la razon, hoy habéis de acabar el grande edificio de la libertad que habéis levantado; hoy se ha de dar la sentencia en que se publicará al mundo vuestra gloria ó vuestra infamia; á este día se dedicaron todos los aciertos que obrasteis hasta ahora, punto es éste en que se definirá á la posteridad vuestro nombre ó por libertador ó fementido; aguardad y sufrid constantes los golpes del contrario, que no se os ha de dar barata la gloria de este dichoso día.

«Si os atemoriza el ver que han llegado hasta aquí, esa es más cierta señal de su próxima ruina. Si creéis á mis palabras luégo veréis mis acciones.

«Yo no soy de los que procurarán reservarse para el premio,

capitan quiero ser de los muertos, y si no os hago falta, yo quiero ser el primero que os falte; sino me halláis entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos.

«Una sola cosa os pido entrañablemente, que guardéis en esta ocasion la observancia de las órdenes militares, y que más quiera cada cual ser cobarde en su puesto que valiente en el ajeno, porque de la consonancia de los constantes y los osados pende la armonia de la victoria.

«Con vosotros tenéis la fortuna de César, de César no, que es poco, pero del mayor rey de los cristianos, del más venturoso de los vivientes. No es éste solo el que os ha de defender. ¿Qué ha querido mostraros hoy el cielo en la tan impensada nueva que se os entró por las puertas, del nuevo rey de Portugal, sino que anda Dios fabricando y juntando príncipes por el mundo para defenderos con ellos?

«La majestad de un rey justo os atiende, la hermandad de otro justificado se os ofrece, la inocencia de una justísima república os ampara, el poder de un Dios, sobre todo justo, os ha de valer (1).»

Entre tanto el combate habia dado comienzo con el mayor ardor por ambas partes.

Al grito de *viva el Rey!* y *viva nuestro general!* lanzáronse los soldados españoles, bajo el mando del conde de Tiron, á embestir la altura que domina á Castelfelers, á pesar de las nutridas descargas con que trataba de impedir su movimiento la mosquetería catalana.

Por más que uno de los escuadrones castellanos trató de sorprenderles, como que se retiraban al abrigo de las fortificaciones, mientras ellos sufrían de parte del ejército castellano muy pocas pérdidas, éste las experimentaba de consideracion desde que se rompió el fuego.

De un balazo derribaron al conde de Tiron, pérdida sensible en alto grado, así como la del sargento mayor D. Diego de Cárdenas, que pereció tambien en aquel ataque.

Los que defendían el puesto de Santa Madrona, atacados tambien vigorosamente por los españoles, hubieran sucumbido á no ser por los refuerzos que pidieron y les fueron enviados por el general frances, por manera que el comienzo del combate no se presentaba nada favorable á los castellanos.

Otro revés más importante, y que ejerció gran influencia para despues, hubieron de sufrir precisamente en la parte de su ejército constituida por la caballería.

Bajo el mando del duque de San Jorge hallábase ésta, y su cometido era el de impedir que la ciudad enviase socorros al castillo de Monjuich; pero provocada al combate por algunas compañías de caballos catalanes y franceses, protegidas por una seccion de arcabuceros que se hallaban resguardados en una trinchera, fuese poco á poco empeñando el de San Jorge en la pelea, y mientras que él y los suyos recibían el fuego á pecho descubierto, sus contrarios tenían muy escasas pérdidas.

Con desesperado valor atacó el duque de San Jorge á aquellos enemigos hasta que cayó mortalmente herido, sufriendo igual suerte otros varios capitanes y gran número de soldados, con lo cual, mientras decaía el ánimo del ejército castellano, cobraban nuevo brío los catalanes.

Merced á esto, mientras la artillería de Monjuich se cebaba en los apiñados escuadrones del marques de los Velez, salían socorros de Barcelona, y los marinos de la ribera, desembarcando al pié de la montaña, lanzábanse resueltamente á auxiliar á sus compañeros.

Torrecausa, que habia creído encontrar perfectamente dispuesto el combate para lanzarse al asalto con sus tropas de reserva, quedó extraordinariamente sorprendido al ver que los castellanos huían en desorden y que los catalanes salidos de la ciudad y los marinos salidos de la ribera estaban próximos á auxiliar á los del fuerte.

Reorganizó como le fué posible á aquellos soldados desorganizados ya, y condújoles al asalto, pero por una imprevision indisculpable en un general de la experiencia de Torrecausa, olvidáronse las escalas y no tuvieron otro remedio que enviarlas á buscar, perdiéndose en esto un tiempo precioso del cual se aprovecharon los catalanes para reunirse con los del fuerte, y juntos, disparar y atacar de tal manera que no tuvieron otro remedio los castellanos que retroceder, dejando en el campo muchos de sus mejores oficiales, entre ellos dos sobrinos del marques de los Velez.

Este comenzó á desconfiar del éxito de la accion, y su desconfianza quedó justificada bien pronto. Llevaban ya bastantes horas de estar batiéndose los soldados, y como que habian adelantado tan poco, y como se habian apercebido de algunas torpezas de sus jefes y estaban viendo que oficiales y soldados caían en gran número sin obtener ventaja alguna, comenzaron á murmurar, y precisamente cuando en un ejército comienza la murmuracion contra el jefe, puede tenerse por seguro que no tarda mucho en estallar la demoralizacion.

(1) Melo, Obra citada, pág. 214.



VIDAL, Ome, 27

MUERTE DEL DUQUE DE SAN JORGE.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.